

probar en qué medida la caída tendencial de la rentabilidad agraria hasta 1974 ha llevado a un proceso de eliminación de pequeñas explotaciones marginales y, entonces, ésta sería una de las causas para explicar la fuerte mejora de la productividad global del sector. En este último caso quedaría de manifiesto cómo el «efecto tijera» en los precios relativos percibidos/pagados en realidad lo que provoca es una aceleración en la tasa de disminución de población ocupada en agricultura (t.m.a.a. $-7,7\%$ en 1974-80). Para comprobar esta hipótesis será necesario esperar a disponer de un estudio meticuloso del nuevo censo de explotaciones agrarias, con el fin de poder contrastar la evolución del número de pequeñas explotaciones. Este argumento, en sus últimas consecuencias, llevaría a plantear la fuerte contradicción existente entre propugnar un proceso de modernización en el sector y frenar indefinidamente el crecimiento de los precios agrarios para forzar incrementos de productividad porque, una vez eliminadas las explotaciones menos eficientes, el crecimiento de la productividad sólo será posible bajo condiciones de rentabilidad que hagan viables las inversiones necesarias para continuar la modernización de la agricultura.

6. Rendimientos e ingresos de los principales productos

Con el fin de determinar cómo se han visto afectadas las distintas producciones agrarias por los efectos conjuntos del cambio técnico y las variaciones en la estructura de precios relativos, en el apéndice II he analizado la evolución durante el período 1960-80 de los ingresos reales y los rendimientos físicos para los diecinueve productos agrarios más importantes que en total significan el $65,2\%$ del valor de la Producción Final Agraria (PFA) media de los años 1972-73-74.

Las variaciones de los rendimientos físicos, medidas en los productos agrícolas por el índice de producción por unidad de superficie, se comparan con los ingresos en pesetas constantes por unidad de superficie cultivada. En el período analizado la

magnitud del cambio técnico ha hecho que las variaciones de los ingresos de los agricultores vengan determinadas no solamente por las alteraciones de los precios percibidos sino, también, por las mejoras de los rendimientos físicos por unidad de superficie.

Los doce productos agrícolas considerados, que representan el 316,6 por mil del valor de la Producción Final Agraria media de los años 1972-73-74, constituyen una muestra representativa del subsector agrícola ya que se han seleccionado precisamente los cultivos más significativos de cada grupo desde el punto de vista económico.

Las rentas de los agricultores no asalariados dependen tanto de las alteraciones de los ingresos como de los costes o gastos necesarios para obtener esos ingresos. Sin embargo, los costes de producción de cualquier cultivo son muy diversos según la zona geográfica, el tamaño de la explotación y el grado de mecanización, por lo que cualquier coste medio de producción a nivel nacional resulta escasamente representativo. En este primer acercamiento suponemos pues que los costes reales permanecen constantes, con el fin de observar la evolución de las rentas debidas a cambios en los rendimientos físicos y los precios.

La capacidad adquisitiva de las rentas depende de su volumen a precios corrientes y de las variaciones del nivel de precios, por tanto los ingresos por unidad de superficie se han deflactado con el valor adquisitivo de la peseta según el índice del coste de la vida (ICV), posteriormente índice de precios al consumo (IPC), para obtener los ingresos reales conseguidos por unidad de superficie.

De esta forma, se pueden comparar la evolución de los rendimientos físicos, cantidad de producto cosechado por unidad de superficie, con los rendimientos monetarios, entendidos como el ingreso en pesetas constantes por unidad de superficie, para determinar si las variaciones de los precios han permitido, o impedido, que las mejoras de rendimientos se traduzcan en incrementos de los ingresos reales de los agricultores.

Evidentemente las mejoras en los ingresos reales se traducen en incrementos de las disponibilidades empresariales en la me-

dida que lo permite la evolución de los costes reales, pero este punto se aborda más adelante mediante el estudio del excedente de explotación para los casos en que he podido disponer de datos suficientes.

Los resultados obtenidos mediante este análisis para los doce productos considerados en el subsector agrícola ponen de manifiesto que se ha producido un deterioro generalizado de la relación rendimientos monetarios/rendimientos físicos, con las únicas excepciones de la judía verde y la almendra en cáscara, donde sí se observan mejoras en el ingreso real mayores que los incrementos de rendimientos.

En todos los productos agrícolas considerados se observa una tendencia a incrementar los rendimientos físicos para intentar compensar el retraso en el crecimiento de los precios percibidos respecto al coste de la vida, pero esto sólo se logra, a nivel de media nacional, en el algodón, abandonando progresivamente el cultivo en secano, la judía verde, y en el último año en el trigo gracias a la llamada «cosecha del siglo». Como excepciones a la tendencia general de mejora de los rendimientos físicos hay que señalar el caso de la naranja y la almendra en cáscara, cuya media nacional se ve disminuida por el abandono de algunas labores tradicionales con el fin de ahorrar salarios pero sin arrancar los árboles. Esto explica la reducción de los rendimientos promedios.

En el subsector ganadero los siete productos seleccionados suponen en total el 80,6 % de la Producción Final Ganadera y el 34,1 % de la Producción Final Agraria media de los años 1972-73-74. Como indicador de la evolución de los ingresos reales he tomado en todos los casos el ingreso medio por animal, deflactado igualmente según la variación del poder adquisitivo de la peseta (ICV/IPC). Como índice de rendimientos físicos he utilizado el ingreso en pesetas constantes por animal, matizando las conclusiones que se obtienen a partir de este índice, en los casos necesarios, con otros indicadores complementarios.

Por ejemplo, en el caso del porcino, el cambio técnico ha permitido obtener importantes mejoras de productividad. Sin embargo

éstas no se reflejan en un incremento del peso medio de los canales sacrificados (sino por el contrario en una disminución), por ello el análisis se complementa con el estudio de la evolución del promedio de lechones producidos por cerda de vientre censada. Con el mismo fin de matizar las conclusiones que se alcanzan, se presenta también, en el bovino y ovino, la evolución de la productividad media como relación entre los kilogramos de carne producida y el número de hembras reproductoras existentes, ya que en ambos casos se obtiene un indicador de la variación en unidades físicas de la relación entre la producción y el fondo de capital vivo existente.

En el subsector ganadero los resultados obtenidos indican también una tendencia generalizada al deterioro de la relación entre rendimientos monetarios y rendimientos físicos, con la única excepción del cordero pascual. Por tanto, al igual que sucede en el subsector agrícola, en la ganadería tampoco las mejoras de los rendimientos físicos se han traducido en mejoras de los ingresos reales enteramente. Pero en el subsector ganadero sí hay un grupo importante de productos que presentan mejoras de sus ingresos reales por animal, cosa que no ocurre en el subsector agrícola. Este grupo lo componen el ganado ovino y el bovino de carne y leche, especialmente los animales jóvenes (cordero y ternera), lo que hay que relacionarlo con el fuerte dinamismo de su demanda que tiene una elasticidad renta positiva.

Por el contrario, la carne y los huevos de ave sufren una caída de su ingreso real por animal en producción, a pesar de las mejoras de rendimientos que han ido consiguiendo mediante un fuerte cambio tecnológico.

El porcino presenta un caso atípico por los efectos de la intensificación productiva y el aumento de la participación en la producción total de la carne de cerdo destinada al consumo directo que han provocado una disminución de los pesos medios de los canales sacrificados. Las mejoras de productividad en el porcino han ido acompañadas de una profunda reestructuración y expansión del sector mediante la introducción de híbridos de importación, al tiempo que el tronco ibérico queda estancado en su crecimiento. Se incrementa el número de sacrificios por hem-

bra reproductora de una media de 6,5 en los años sesenta a 14,8 en los primeros años de la década de los ochenta. El desplazamiento de la producción hacia razas intensivas ha permitido incrementos de productividad incorporados con el uso de técnicas modernas de porcicultura pero, como he señalado detalladamente en el apéndice II, la evolución favorable de la relación precios del porcino/precios de los piensos ha sido un elemento clave para explicar cómo el excedente de explotación se ha mantenido a salvo a pesar de que los ingresos por canal, en pesetas constantes, disminuían persistentemente. Por tanto, la expansión de la producción porcina se ha llevado a cabo intensificando el consumo de piensos. Es decir, bien a costa de impulsar el crecimiento de las importaciones, o bien conteniendo la mejora del ingreso real de los agricultores cerealistas nacionales. Esto último significa succionar los beneficios de las mejoras de los rendimientos agrícolas en favor de los ganaderos por la vía de los precios.

Esta situación ha pasado totalmente desapercibida por la inercia de la política agraria de intentar disminuir el cultivo de cereales y fomentar las producciones ganaderas, de tal forma que, en los últimos años, se ha llegado a una situación paradójica en que los precios de exportación de la cebada superan ampliamente los precios percibidos por los agricultores. En concreto, en 1981 el precio de exportación de la cebada fue un 40,6 % superior al percibido en el interior y en 1982 la diferencia se hizo todavía mayor, pues las exportaciones se hicieron a un precio superior al percibido por los agricultores en un 80,4 %. Esto mismo ha sucedido con otros cereales como el trigo, cuyo precio de exportación fue un 141,5 % del interior en 1982, o como el arroz exportado al 159,9 % (1981) y al 149,3 % (1982) del precio medio percibido por los agricultores.

En la variación de los costes de las producciones ganaderas, especialmente en las intensivas, tienen un papel destacado las alteraciones de los precios de los alimentos para el ganado. Del análisis realizado se desprende que, al menos en la producción vacuna, avícola y porcina, la política agraria ganaría en eficacia

a la hora de estabilizar el mercado de carnes estableciendo una mayor vigilancia sobre la evolución de la relación entre costes de los piensos y demás alimentos para el ganado y los ingresos de los ganaderos, propiciando una mayor estabilización de los costes para evitar fluctuaciones violentas en la producción de carnes que hacen muy difícil luego lograr el cumplimiento de los objetivos planteados en las campañas de carnes. Además existe también un amplio margen de mejora en la eficacia de la intervención del FORPPA, buscando fórmulas que impidan a las industrias cárnicas controlar en beneficio propio la movilización de las reservas estratégicas.

Igualmente sería deseable lograr una mayor transparencia en los canales de comercialización para permitir que la contención introducida en el crecimiento de los precios ganaderos se transmita en mayor medida a los consumidores.

De la visión de conjunto que ofrece el estudio de los cambios en las estructuras de la oferta y la demanda de carnes se concluye que la ganadería española se encuentra actualmente con unas producciones extensivas o semiextensivas (ovino, caprino y vacuno) cuyas dificultades para obtener mejoras de productividad se manifiestan en alzas persistentes de costes, que forzosamente tienen que ser repercutidas en los precios de sus productos, lo cual provoca una pérdida de cuotas de mercado frente a las carnes baratas cuyo origen son las producciones intensivas. Estas últimas han podido incrementar sus producciones absorbiendo los incrementos de costes de los piensos con cargo a las mejoras de productividad, logradas por la introducción de razas intensivas con altos coeficientes de transformación carne/pienso, selección genética, nuevas tecnologías de manejo y mayor atención a los problemas de la sanidad animal.

Sin embargo, las crisis cíclicas que vienen sufriendo los sectores de producción intensiva porcina y avícola se resuelven en la desaparición de numerosas pequeñas explotaciones, su integración en cooperativas (con poca frecuencia) y, sobre todo, en el desarrollo de las fórmulas de integración vertical. Fórmulas que incorporan a los pequeños granjeros en cadenas industrializadas de

producción y distribución tanto de los piensos como de los productos finales. Estos procesos facilitan el aprovechamiento de las economías de escala, pero también la penetración del capital extranjero, siguiendo distintas fórmulas que van desde las empresas de capital mixto a la venta de tecnología con pago de regalías proporcionales a las producciones. La penetración del capital extranjero es también muy importante en la fabricación de piensos compuestos, a la que hay que añadir la dependencia comercial exterior de las materias primas básicas para la elaboración de los piensos, que queda cuantificada en el balance nacional de los principales productos empleados en alimentación ganadera en un déficit de 6.893,8 miles de toneladas métricas para el año 1979. Por tanto, resulta necesario insistir en la urgente necesidad de potenciar programas de investigación encaminados a mejorar el aprovechamiento de los recursos nacionales para la alimentación del ganado, ya que en la actualidad los forrajes sólo cubren el 49 % de las proteínas digestibles totales (PDT) consumidas por la cabaña ganadera, siendo muy alta la participación de los cereales (28 % en PDT) y las semillas oleaginosas (15,5 % en PDT).